

Discurso de Grado

Agosto 22 de 2009

Es un honor para mí y me llena de satisfacción presidir esta quincuagésima primera Ceremonia de Grados de la Universidad Icesi y compartir la satisfacción y la alegría que sienten tanto ustedes queridos graduandos, como sus padres, cónyuges y demás familiares y amigos que los acompañan.

Celebramos hoy la culminación de estudios de 150 nuevos profesionales, en ocho programas diferentes; 13 de ellos reciben dos títulos simultáneamente. Además, también terminan sus estudios 90 especialistas en diversas áreas; y 23 personas reciben el título de Maestría. Celebramos que su grado coincida con los 30 años de vida de esta Universidad. Y celebramos también muchos logros de una cohorte de estudiantes muy especiales. Déjenme mencionar sólo algunos.

Ana Isabel Gallego, quien se gradúa en Economía y Negocios Internacionales, recibe su título Summa cum laude, honor que esta Universidad ha concedido solamente a ocho personas en toda su historia y concede hoy por primera vez en esta carrera. Como resultado de la investigación realizada durante su práctica, en la Universidad Laval, en Quebec, Canadá, Ana Isabel escribió con su tutora un artículo sobre el costeo de las Historias Clínicas Electrónicas, el cual presentará, dentro de dos semanas en Luxemburgo, en el Congreso Anual de la Asociación Latina para Análisis de los Sistemas de Salud (CALASS). Ella también es coautora de una caracterización socio-económica y demográfica de las comunas de Cali; y dos artículos suyos, derivados de su proyecto de grado, fueron presentados en sendos simposios de Estadística, aquí en Colombia.

Luis Miguel Díaz se gradúa Magna cum laude, tanto en Ingeniería de Sistemas como en Ingeniería Telemática. Su promedio de calificaciones de 4.71 es el más alto entre los más de 650 egresados del programa de Ingeniería de Sistemas en sus 25 años de historia. Luis Miguel estuvo en un programa de intercambio en el INSÁ de Lyon, en Francia, durante el segundo semestre de 2008, y realizó su práctica, el semestre pasado, en el grupo financiero Société Générale, en París. Ahora se prepara para empezar a trabajar en Amadeus, la conocida firma de software para reservas aéreas, en el famoso parque tecnológico de Sophia Antipolis, en la Costa Azul francesa.

Aura María Abadía, quien acaba de regresar de su práctica empresarial en Londres, se gradúa Magna cum laude en Administración de Empresas. Ella obtuvo, el año pasado, el sexto puesto en el examen ECAES de su carrera, entre más de 10.000 estudiantes próximos a graduarse que lo presentaron en todo el país.

A propósito de los ECAES o Exámenes de Calidad de la Educación Superior, no fueron presentados por la mayoría de los graduandos de hoy porque estuvieron suspendidos por decisión de la Corte Constitucional y sólo se reanudarán a partir del próximo noviembre. En el último grupo de exámenes que se presentó para algunas carreras, en noviembre pasado, en medio de centenares de programas de todas las universidades

colombianas, nuestros Ingenieros de Sistemas fueron segundos en el país y nuestros Abogados quintos, estos últimos por encima entre otros, de los de universidades bogotanas con siglos de tradición en Derecho.

Vuelvo a casos destacados de la cohorte que hoy se gradúa: Carlos Alberto Dossman, en Administración de Empresas, e Yvet Reyes, en Contaduría Pública y Finanzas Internacionales, también se gradúan Magna cum laude. Y seis estudiantes que reciben simultáneamente títulos en dos carreras, los reciben, ambos, cum laude: Andrea Benedetti, María Andrea Arcila, Julián Ramírez, Diana Carolina Palencia, Juan Carlos Rocha y Andrés Felipe Hincapié. Finalmente, otros once estudiantes se gradúan cum laude.

Pero habría muchas más historias valiosas que contar. Permítanme compartir con ustedes dos de ellas.

Hoy se gradúa Alejandro Delgado como Diseñador Industrial. Él realizó su proyecto de grado diseñando un sistema para la manipulación y el pesaje de tortugas marinas por parte de biólogos; su interés por el tema había surgido de una experiencia en la Isla Gorgona. Después hizo su práctica con el Fondo Mundial para la Vida Silvestre, WWF, probando y afinando el sistema, al que llamó "Tuto". Actualmente se adelanta un proceso de obtención de patente para "Tuto", con el apoyo de la misma ONG ambiental internacional.

También se gradúa Cong Ying Chen, simultáneamente en Economía y Negocios Internacionales y en Administración de Empresas. Chen, de nacionalidad china, ha sido profesor de Mandarín en la Universidad Icesi desde hace 4 años y ha tenido gran impacto entre muchos de nuestros estudiantes. Veamos algunos casos: Luisa Betancur, egresada también de Economía y Negocios Internacionales, ahora estudia y trabaja en Beijing; Luis Miguel Arango, egresado del mismo programa, obtuvo una beca para una maestría que cursa en una ciudad cercana a Shanghai; Felipe Ríos está actualmente en Guang Zhou; Diego Andrés Londoño está en Shanghai; y Gabriel David López, quien después de tomar Mandarín con Chen estuvo 17 meses en China y ahora está de regreso, terminando sus estudios en Icesi.

A propósito de la China, a finales del año 2008, la Facultad de Ciencias Administrativas y Económicas realizó la Misión Académica a ese país asiático. En ella participaron 34 personas, entre profesores y estudiantes, y, durante los 22 días que duró, fueron a cinco ciudades y visitaron universidades, empresas, sitios turísticos y la Embajada de Colombia en China, entre otros.

Y ya que hablo de Asia, no resisto la tentación de contarles sobre otra experiencia muy rica en la que están participando estudiantes de Icesi. Hace unos meses, Bancolombia y el gigante indio de la tecnología, Infosys, realizaron una convocatoria para ofrecer una pasantía de cuatro meses en la sede de esta última empresa, en Bangalore, India, a estudiantes colombianos de Ingeniería de sistemas o áreas afines. Al final fueron seleccionados veinticinco jóvenes de todo el país, de los cuales cinco son estudiantes

de Ingeniería de Sistemas o Telemática de la Universidad Icesi. Los primeros mensajes que han enviado hablan de un ambiente en el que casi todo es nuevo para ellos y de una experiencia muy intensa y rigurosa. Con seguridad será inolvidable y transformadora.

Ahora bien, queridos graduandos, señoras y señores, todos estos casos que he comentado tienen relación con un tema que está muy en boga en América Latina y sobre el que deseo hoy hacer unas breves reflexiones.

Se trata de la Responsabilidad Social Universitaria, tema que ha surgido recientemente, derivado del concepto de Responsabilidad Social Empresarial y en torno al cual existe la misma diversidad de visiones y, en mi concepto, similares distorsiones a las que se encuentran cuando se trata del ámbito de la empresa privada.

No es esta la ocasión para discutir la Responsabilidad Social Universitaria en profundidad; pero sí me parece importante compartir con ustedes algunas apreciaciones personales sobre el tema.

Lo primero es que la Responsabilidad Social Universitaria debe referirse a la manera de ser de la Universidad, a su vida cotidiana, al diario comportamiento de los miembros de su comunidad y de la institución como un todo.

Me parece chocante oír hablar de estrategias o de programas o de actividades de Responsabilidad Social Universitaria; como me parece chocante oír hablar de estrategias, programas o actividades de Responsabilidad Social Empresarial.

Muchos proyectos que desarrollan profesores y estudiantes en las comunidades más necesitadas tienen fines sociales muy valiosos; y tienen el efecto primordial de desarrollar competencias ciudadanas y de fortalecer valores como la solidaridad en los estudiantes participantes. Pero esa no es más que una forma marginal de demostrar y desplegar Responsabilidad Social Universitaria.

La Responsabilidad Social obedece a una posición ética y, como tal, debe estar presente en todas las actuaciones de la Universidad. "La responsabilidad es el precio a pagar por ser libre", dice el diccionario filosófico de André Comte-Sponville. Si la sociedad no sólo nos da libertad, sino que nos apoya, ¿cómo no ser, o tratar de ser, socialmente responsable en todas las actuaciones institucionales?

La Responsabilidad Social Universitaria se ejerce, tanto en el ámbito interno de la institución, como en sus relaciones con el entorno cercano, con sus "clientes", si me permiten por ahora la expresión, y con la sociedad en general. Hasta allí, todo es muy parecido al ejercicio de la Responsabilidad Social Empresarial. Pero existen, entre ambas, al menos cuatro diferencias fundamentales: el carácter de bien público de la

Universidad, la cual no está para generar utilidades a unos propietarios; su particular relación con los estudiantes; la dificultad para juzgar la calidad de sus principales productos, la educación y la investigación; y las inmensas y diversas expectativas que tiene la sociedad sobre ella, como institución.

Veamos cómo esas diferencias influyen en nuestra comprensión del concepto de Responsabilidad Social Universitaria.

Primero, hay dos áreas esenciales de responsabilidad en el ámbito interno. Por una parte, debe estar la preocupación por la calidad de la vida universitaria; la de toda la comunidad universitaria, que incluye a profesores, empleados y estudiantes. A estos últimos porque seguimos acogiendo la definición tradicional, planteada así por Karl Jaspers, psiquiatra y filósofo alemán de la primera mitad del siglo pasado: "La universidad es una comunidad de académicos y estudiantes comprometidos en la tarea de buscar la verdad". La calidad de vida universitaria incluye, además de condiciones de seguridad y bienestar, el respeto a los derechos fundamentales y a los que surgen, en unos casos, de la relación laboral y, en los otros, de la calidad de estudiantes. El principal es ese respeto a la dignidad de toda persona, inscrito como el primero de nuestros valores institucionales.

Y hay una segunda área de responsabilidad esencial en el ámbito interno de la universidad: la forma como la institución influye sobre el carácter moral de los miembros de la comunidad universitaria. Ese tema, aunque no recibe, normalmente, suficiente consideración, es importante y delicado en cualquier empresa, y lo es en la universidad en su trato permanente con profesores y empleados. Para sólo dar un par de ejemplos, el cuidado que debe haber con potenciales conflictos de interés de los profesores en sus proyectos de investigación; o el riesgo de ofrecer incentivos en conflicto con valores misionales.

Ahora bien, la responsabilidad por la influencia sobre el carácter moral adquiere máxima relevancia en una institución como la nuestra, precisamente, por la relación especial universidad-estudiantes. David Kirp, autor y profesor de Políticas Públicas de la Universidad de California, en Berkeley, la describe así: "El estudiante es un **discípulo** cuyas **preferencias** deben **formarse** y **no un cliente** cuyas **preferencias** deben **satisfacerse**". La universidad en general, y cada uno de sus profesores, tienen permanentemente la inmensa responsabilidad, no sólo de no debilitar valores y creencias valiosos de sus estudiantes, sino de fortalecerlos moralmente; de ayudarlos a prepararse para una vida buena y útil a la sociedad. Además del impacto de muchos cursos cuyos contenidos están relacionados más directamente con esta tarea, el comportamiento del profesor influye de maneras más sutiles en la vida futura de sus estudiantes. Suelo citar con frecuencia a James Freedman, presidente emérito de la Universidad de Dartmouth, en los Estados Unidos, en su descripción de cómo se despliega esa responsabilidad: "Los estudiantes aprenden valores observando cómo los profesores se desempeñan dentro y fuera del salón de clase: profesores objetivos en su búsqueda de la verdad, cuidadosos al sopesar evidencias, respetuosos y

tolerantes del disenso, francos en su confesión de errores y considerados y decentes en su trato de otros seres humanos” .

Consideremos ahora la Responsabilidad Social de la Universidad en el ámbito externo. Peter Drucker, el primer sistematizador de la administración de las organizaciones modernas, escribió hace más de tres décadas que esa responsabilidad emerge de dos fuentes: de los potenciales impactos negativos que la organización produce en la sociedad, lo que hace **a** la sociedad; o de los problemas estructurales de la sociedad, lo que la organización puede hacer **por** la sociedad. Sobre los primeros, aunque no sean intencionales, no hay duda; son responsabilidad de la organización y ella debe identificarlos para tratar de eliminarlos o minimizarlos. Los segundos debe atenderlos dentro de sus limitaciones. Eso es tan válido para la universidad como para cualquier otra organización.

De los primeros, de los impactos negativos producidos por la universidad como producto no deseado de su funcionamiento, hay algunos que son **relativamente** menores y, en ocasiones, fáciles de mitigar, como las molestias que algunas veces generamos a nuestros vecinos, o las congestiones de tráfico que se producen en nuestros alrededores en ciertos horarios o la contaminación ambiental que causamos.

Hay otros impactos más graves y muchas veces no los identificamos oportunamente. Es el caso de la deserción universitaria. Ese es un problema que ha afectado siempre a todo el sistema de educación superior. Pero sólo recientemente lo hemos reconocido. Ha existido en el pasado una visión darwinista de la permanencia de los estudiantes en la universidad, de supervivencia del más fuerte. Se ha oído de casos de instituciones que admiten inicialmente a muchos estudiantes, para financiar sus operaciones más holgadamente; y que después ven, sin preocupación, cómo sale un alto porcentaje de ellos, en los primeros semestres. La deserción causa daños graves; entre otros, daño moral al estudiante retirado y daño económico a su familia. Es urgente reducirla, sin bajar los estándares académicos de la universidad. En el caso de Icesi, a pesar de muchos esfuerzos realizados y de algunos avances, estamos lejos aún de los estándares a los que en este aspecto aspiramos llegar.

Pero quizá el tema más delicado cuando se trata de impactos negativos potenciales es el relacionado con la calidad del trabajo de la universidad. Antes mencioné, entre las diferencias de instituciones como la nuestra y las empresas, la dificultad para juzgar la calidad de nuestros principales productos, la educación y la investigación. La calidad de un bien industrial o de un servicio bancario o de telecomunicaciones, por ejemplo, se evalúa, en general, con relativa facilidad. Cuando se educa, se ofrece formación profesional o se investiga es fácil errar y es difícil saber, en el corto plazo, si se erró. Es fácil engañarse y engañar. En las funciones universitarias la calidad puede afectarse por dos tipos de errores: los de eficacia y los de pertinencia. Los de eficacia surgen de las diferencias entre lo que se desea lograr y lo que en efecto se logra; los de pertinencia surgen de la diferencia entre lo que espera la sociedad de la universidad y lo que esta pretenda hacer. Es fácil cometer errores de eficacia: por ejemplo, desarrollar ciertas competencias generales o ciertos valores, es difícil; evaluar

logros en su desarrollo, lo es aún más. ¿Cuántas veces oímos de personas que pasan cinco años en ciertas instituciones sin lograr la transformación esperada? Y es igualmente fácil cometer errores de pertinencia: acertar en el tipo de capacidades que deben fortalecerse en un programa curricular, en un mundo cambiante como el que vivimos, no es para nada obvio. En fin, en educación superior no es fácil saber bien lo que hay que hacer; y, si se sabe, no es fácil hacerlo.

En relación a lo anterior, permítanme referirlos brevemente a la segunda fuente de responsabilidad mencionada por Drucker, la de los problemas estructurales de la sociedad, lo que la organización puede hacer **por** la sociedad. Sobre eso deseo hacer una aseveración: no creo que haya otra institución, por fuera del Estado, de la que la sociedad espere mayor ayuda para la solución de sus problemas estructurales, de sus problemas más apremiantes, que la universidad. Por una parte, se espera su aporte para resolver la pobreza, la violencia, el subdesarrollo, la corrupción, la inequidad, la injusticia, el deterioro ambiental, el calentamiento global, etc. Se espera ese aporte en la formación de los futuros líderes y profesionales, en las oportunidades de acceso a esa formación y al conocimiento, en la intervención social por parte de la universidad y en otras muchas formas. Por otra parte, las empresas y el Estado confían en que la universidad forme gente para mejorar la productividad, el liderazgo, la competitividad y la innovación del sistema productivo; y aporte, con su investigación, nuevo conocimiento científico y tecnológico. Todas estas expectativas sociales implican responsabilidad para la universidad; por su misión, por hacer parte de esa sociedad, tiene que atenderlas; pero las limitaciones de recursos humanos, financieros y de otra índole que normalmente tiene, le impiden un desempeño que cumpla todas las expectativas expresadas. Ahora, ¿cómo puede una universidad, dentro de sus limitaciones, interpretar adecuadamente las demandas sociales y responder apropiadamente a ellas? La única respuesta adecuada que puede ofrecer una universidad responsable es la pertinencia de sus programas de docencia, investigación y extensión. Así, de paso, minimiza los segundos errores que generan impactos negativos en el desempeño de sus funciones básicas.

En la pertinencia y en la eficacia se han centrado los esfuerzos de todos en la Icesi desde su fundación, hace ya treinta años. Pertinencia en los programas de pregrado y posgrado que ofrece, en los diseños curriculares de esos programas, en las capacidades y valores que pretende desarrollar en sus estudiantes, en sus políticas de admisión, ofreciendo oportunidades de acceso a jóvenes de alto potencial académico y limitación económica, en las líneas escogidas por los distintos grupos de investigación, en los programas de extensión y de intervención social. Eficacia mediante la selección y permanente cualificación de su cuerpo profesoral, mediante las prácticas de aprendizaje activo que pretenden asegurar la construcción de conocimiento, mediante la dotación de una infraestructura física y tecnológica apropiada, mediante una gestión eficaz, mediante una política de evaluación y mejoramiento continuo.

Los casos destacados de varios de los graduandos de hoy que describí al principio; los éxitos laborales, personales y sociales de tantos graduandos de hoy y del pasado,

parecen señalarnos que estamos cumpliendo en pertinencia y eficacia. La capacidad de nuestros egresados para desempeñarse en diferentes ambientes técnicos, profesionales o académicos y destacarse en una economía globalizada nos llena de satisfacción.

No quiero terminar estas palabras sin referirme a algunos hechos recientes relacionados con la permanente búsqueda de la pertinencia y de la eficacia institucionales en la Universidad Icesi.

En cuanto a programas de pregrado, debo recordar primero la decisión del Consejo Superior, en 2003, de convertirnos gradualmente en una institución más universal, de adquirir ese significado de la palabra universidad, abriéndonos a más campos del conocimiento. Esa decisión, respuesta pertinente a demandas de la sociedad, nos ha llevado a ofrecer hoy, con los más altos estándares, 19 programas de pregrado; el año pasado abrimos los programas en ciencias naturales y, el mes pasado, con mucho éxito y con un selecto grupo de estudiantes, se inició el de Medicina, en alianza con la Fundación Valle del Lili. Estamos seguros de que, en pocos años, será considerado uno de los mejores programas del país. Para satisfacer las necesidades de espacio para laboratorios, tanto de investigación como de docencia, en Ciencias, en Medicina y en Ingeniería, estamos terminando de construir el más grande de los edificios del Campus, con especificaciones internacionales de seguridad y de espacios.

En programas de posgrado, hemos venido aumentando nuestra oferta de Maestrías. Hoy la Universidad ofrece seis programas de Maestría, varios de ellos con enriquecedoras experiencias internacionales, en convenio con prestigiosas universidades norteamericanas.

Para todos estos avances y para fortalecer la capacidad investigativa, ha sido necesario aumentar y cualificar la planta profesoral de la Icesi. Hoy son casi 130 los profesores de planta, casi todos ellos de dedicación exclusiva. Más de la mitad son doctores, en el sentido académico del título, o están en camino de serlo. Casi todos los demás tienen su título de Maestría. Aprovecho la oportunidad para felicitar, por anticipado, a la Profesora Diana Patricia Quintero, quien pasado mañana sustenta su tesis doctoral en Derecho, ante un jurado internacional, en la Universidad Externado de Colombia.

Finalmente, felicito públicamente y comparto con ustedes reconocimientos muy importantes que han recibido dos de nuestros directivos académicos recientemente.

El Doctor Héctor Ochoa, Decano de la Facultad de Ciencias Administrativas y Económicas, fue reelegido, hace ya unos meses, como Presidente del Consejo Latinoamericano de Escuelas de Administración, CLADEA, en Puebla, México. Esa asociación, a la que están afiliadas más de 140 facultades de administración del mundo entero y todas las importantes de América Latina, ya lo había elegido como su Presidente en la asamblea de Montpellier (Francia), en 2006. Además, hace un par de semanas, el Doctor Ochoa fue nombrado Coordinador de la Sala de Ciencias

Económicas y Administrativas de la Comisión Nacional Intersectorial de Aseguramiento de la Calidad de la Educación Superior, CONACES. Desde 2006, él había sido elegido miembro de esa Sala por el Ministerio de Educación Nacional.

Por otra parte, hace dos meses, en Seúl, Corea, el International Council for Small Business, designó al Doctor Rodrigo Varela, Director del Centro de Desarrollo del Espíritu Empresarial de la Universidad, como White Wilford Fellow. Ese es el reconocimiento más alto que esa organización, la principal promotora del nacimiento y desarrollo de pequeñas y medianas empresas en todo el mundo, otorga a individuos que hayan hecho contribuciones sobresalientes en ese campo. El Doctor Varela, vinculado a la Universidad prácticamente desde su nacimiento, es uno de sólo dos latinoamericanos que han recibido este reconocimiento, creado en 1977.

Bueno, queridos graduandos, hoy los despedimos con nostalgia y con las más altas expectativas por su futuro desempeño como profesionales, como ciudadanos y como miembros de sus familias. Los invitamos a llevar siempre presentes los tres valores fundamentales de su Alma Mater: respeto a la dignidad de toda persona, pasión por el aprendizaje y compromiso con el bienestar de la sociedad.

Muchas gracias.